

## CAPÍTULO IX.

Alejandro Hamilton.

El 14 de mayo de 1787 se reunió en Filadelfia la Convencion que debia dotar al pueblo norteamericano de su Constitucion, y Washington fué nombrado presidente por unanimidad.

Antes de hablar de las cuestiones que se discutieron daremos á conocer los principales personajes de la Convencion, los hombres que tuvieron la gloria de fundar ese edificio que por espacio de setenta años ha labrado el bienestar del Norte América, lo cual es tanto más necesario cuanto que la vida política no es como, por ejemplo, la del teatro. En el teatro es necesario conocer la obra ántes de juzgar á los actores; en la vida política, por el contrario, son los actores los que hacen la obra. Antes de asistir al drama, conviene saber qué ideas tienen, qué sentimientos les animan, qué principios quieren hacer triunfar.

Acercas de Washington llevamos dicho lo bastante para conocerle. El capítulo presente le consagraremos al hombre que ha tenido despues de Washington más influencia en la organizacion de los Estados Unidos, á Alejandro Hamilton.

Hamilton no solo es poco conocido en Francia, sino que ni aun en el Norte América se le hace justicia.

Las ideas que han prevalecido despues de la presidencia de Washington y de su sucesor ¿no son las que Hamilton defendia? El partido político que se encargó de los negocios trató á Hamilton poco favorablemente, y, aunque ha dejado un nombre honroso, es lo cierto que no se aprecia en su justo valor á uno de los hombres

más apreciables que han existido y sobre todo uno de los mejores servidores de la libertad.

Alejandro Hamilton nació en Nevis, la más hermosa de las Antillas, el 11 de enero de 1757. Su padre era escocés y pertenecia á una rama de la gran familia Hamilton. Su madre era de origen francés: se llamaba la Srita. Faucette y descendia de una familia de hugonotes á quien la revocacion del edicto de Nantes habia obligado á salir de Francia.

Hamilton perdió muy pronto su madre; pero parece, sin embargo, haber ejercido sobre él gran influencia, y á ella sin duda debió el hablar francés con facilidad, y ciertos rasgos de carácter que desmentian su origen.

Su padre se arruinó, y á la edad de once años se le envió á la pequeña isla de Santa-Cruz para ocuparse allí en una casa de comercio. Se poseen cartas suyas escritas en aquella época en las que ya se observan pasajes singulares. Á esa edad ya desea no permanecer en la triste posicion de mancebo. «Desprecio, escribe, la humilde condicion á que la fortuna me condena; por elevar mi posicion arriesgaria con gusto mi vida, pero nunca mi honor. No soy filósofo; se me dirá que hago castillos en el aire; pero muchas veces los sueños se convierten en realidades cuando el que ha soñado tiene constancia. Quisiera que hubiese una guerra<sup>1</sup>.»

Aquí se vé el sueño de un niño que busca lo desconocido al mismo tiempo que aprende la partida doble con modesto talento, pero que, digámoslo de paso, debia servir más tarde al primer ministro de Hacienda que han tenido los Estados Unidos.

Convencido de que solo por medio del estudio se puede elevar el hombre, Hamilton se desvelaba por adquirir una educacion completa. Las matemáticas, la química, la literatura, la historia, todo le interesaba al ambicioso de doce años, y para todo manifestaba tan buenas disposiciones, que supo inspirar interés á sus parientes y amigos que creyeron conveniente enviarle á América en el continente, para que allí terminase sus estudios.

En 1772, á la edad de quince años, llegó á Nueva-Jersey. Él era americano de nacimiento, y en la guerra de la independencia todas las Antillas inglesas hacian votos por la causa comun; pero él no era americano del continente, lo que fué para él una causa de disfavor y debilidad porque no habia esas poderosas alianzas ni

<sup>1</sup> Hamilton's Works, tom. I, pág. 525.

esos recuerdos del pasado que hicieron la fortuna de muchos que no rayaban á su altura ni en abnegacion ni en genio.

Instalado en un colegio de Nueva-Jersey, tuvo por maestro un tal Francisco Barber, que más tarde se distinguió como oficial en la revolucion. A fines de 1773 se le envió á New-York al King's College (en el dia Colegio de Colombia), y allí se preparaba para la medicina, aunque sin descuidar las letras y dando desde los primeros dias las más extraordinarias pruebas de su talento y de su carácter. Era aun muy jóven, casi un niño; pero ya se veia su vivacidad y su elocuencia, y cuando comenzó la agitacion, salia de su colegio para convertirse en orador público y no era de los menos aplaudidos.

En 1771 se reunió el primer Congreso de la revolucion. La gran cuestion era saber si se romperian bruscamente los lazos que unian las colonias con Inglaterra, ó si valdria mas ensayar una resistencia pacífica, deteniendo toda relacion de negocio con los ingleses, atacándoles en sus intereses y obligándoles por este medio á ceder á las exigencias de América. El país ardia. Por todas partes se publicaban folletos y libelos casi siempre anónimos, ó más bien pseudónimos; habia unos libros que estaban firmados con el nombre de *Bellator*, y otros con el de *Pacificus*; y esto era porque se contaba mas con la influencia del razonamiento que con la de un nombre.

Habia dos partidos: los ardientes, que querian la guerra, y los moderados que deseaban se ensayasen todos los medios de conciliacion y no se lanzase al país en lo desconocido sin absoluta necesidad.

Entre aquellos folletos, uno de los mas notables se titulaba: *Simple defensa de las medidas propuestas por el Congreso*. Su autor reclamaba enérgicamente el derecho inalienable de las colonias: Representacion, Voto del impuesto, Jurado: tal era el tema obligado; pero además insistia sobre la necesidad de favorecer el desarrollo de la industria con el fin de poderse pasar sin la Inglaterra; y á pesar de que, aun no se trabajaba en el algodón señalaba ya su cultura como uno de los ramos que debian enriquecer las provincias meridionales y permitir á las colonias vivir sin la metrópoli.

Este folleto, escrito con tanto talento por un hombre que se anticipaba al porvenir se atribuyó á M. Jay, jefe del partido moderado de New-York, y sin embargo no era M. Jay quien le habia escrito. *El Vengador del Congreso*, como se llamaba al autor del escrito, de tan maduro talento estaba aun sentado en los bancos de

la escuela: era Alejandro Hamilton, y tenia diez y seis años.

El año siguiente, en 1775, cuando se supo la noticia del alistamiento de Levington, el primer encuentro en que corrió la sangre norteamericana, Hamilton no pensó más que en la guerra, pareciéndole lo más sencillo del mundo el organizar en su colegio una compañía que tomó el nombre de *Corazones de encina*; y que con su traje verde y su sombrero de cuero, tomó por divisa estas palabras: *¡Libertad ó muerte!* La vida de Hamilton fué un combate constante, con la palabra, con la pluma ó la espada.

En el mes de marzo de 1776 Hamilton era capitán de una compañía provincial. Sabido es que el ejército continental estaba entonces sostenido por el Congreso y las tropas provinciales organizadas por cada colonia. Hamilton era á los diez y nueve años capitán de artillería, y habiendo pasado una revista el general Greene, no pudo menos de fijarse en una batería de artillería tan notable por su buena organizacion como por la habilidad de sus maniobras y se la recomendó á Washington haciéndole notar que estaba mandada por un niño el que parecia tener una gran pasion por el ejercicio de las armas.

Hamilton, sin embargo, no tardó en probar que tenia algo más que pasion por la guerra. En la peligrosa retirada de Long-Island, en Trennot, en Princeton, manifestó una inteligencia militar y una energía que le hicieron notable, y Washington, le tomó como ayudante de campo con el grado de coronel.

Coronel á los veinte años, ayudante de campo y confidente de Washington mostróse siempre á la altura de su papel. Su valor le valió muy pronto en el ejército el sobrenombre de *El Leoncito*, y en cuanto á Washington, que tenia veinticinco años más que él no le llamaba nunca mas que *mi niño (my boy)* y le profesaba en efecto una ternura paternal.

Así fué que durante toda la guerra permaneció al lado del general, no separándose del Estado mayor de Washington hasta 1781, cuando la paz estuvo asegurada, y desempeñando infinitas comisiones de confianza en las que se distinguió por su prudencia y su valor á toda prueba.

En el sitio de York-Town se distinguió tambien á las órdenes de La Fayette. La Fayette mandaba las tropas americanas y el Baron de Viomesnil las francesas. La emulacion era grande: se habia dado á los norteamericanos un reducto para tomar y otro á los franceses. M. de Viomesnil, con esa confianza que fué siempre la fuerza de los

franceses, pero que muchas veces les hace antipáticos á sus aliados, preguntó á M. de La Fayette cómo contaba tomar su reducto. La Fayette respondió: *á la bayoneta*, y M. de Viomesnil se sonrió. Hamilton tomó la posición, entró el primero en el reducto, y cuando le hubo tomado, La Fayette, con su maliciosa sencillez envió al coronel Gimat á M. de Viomesnil para preguntarle si los norteamericanos que nada tenían que hacer podían servir en algo á los franceses que todavía no habían terminado su tarea. M. de Viomesnil contestó: Dé Vd. las gracias á M. de La Fayette, y dígame que dentro de cinco minutos estaremos en la plaza.

Y á los cinco minutos la plaza estaba tomada.

Hamilton se encontró á un mismo tiempo siendo el hombre de confianza del general La Fayette y de Washington, esto es, el lazo de unión entre Francia y el Norte América. Cuando la Francia envió al Norte América sus soldados, la gran preocupación de Washington era saber si aquellos soldados podrían marchar y entenderse con las milicias norteamericanas. Eran los franceses un núcleo de excelentes tropas, tan bien pagadas como alimentadas; muchos de los oficiales que las mandaban habían hecho la guerra de los siete años, y semejantes tropas iban á encontrarse al lado del ejército norteamericano, que no brillaba ni por la riqueza de sus oficiales ni por la regularidad de sus maniobras: estaba mal vestido, mal alimentado y mal equipado.

Washington temía que aquellos oficiales procedentes de Versalles sintiesen y manifestasen algún desdén por sus soldados, los cuales tenían más fondo que apariencias. Pero nos conocía mal, y no tardó en presentársele ocasión de conocer que los franceses eran los mejores aliados del mundo, y los hombres más apreciables. Además, Luis XVI, con una delicadeza admirable, lo había arreglado todo para que los franceses no se sobrepusieran, y con el fin de facilitar el roce de unos con otros convenia tener un hombre que, hablando francés, fuese el intermediario entre los dos ejércitos, y este cargo fué confiado á Hamilton, quien seguramente redactó gran número de las cartas que poseemos de Washington.

De modo que desde los veinte á los veinticinco años no se separó un instante de Washington, estableciéndose entre aquellos dos hombres un afecto que no se desmintió jamás.

En 1780 surgió sin embargo una nube entre ellos, cosa que más de una vez ocurre aun entre los mejores amigos. Washington, que era muy celoso del respeto que se le debía se quejaba de que su

edecan le hubiera hecho esperar diez minutos en una escalera, y esto produjo entre los dos personajes un disgusto de resultados de lo cual Hamilton pensó que era preferible retirarse. Además se había casado hacia un año con la hija del general Schuyler, de origen holandés, mujer respetable, que estaba destinada á sobrevivirle más de cincuenta años, la que en 1852 vivía aun teniendo noventa y cuatro años.

Hamilton no era rico. Durante la guerra, los oficiales, como es sabido, no habían cobrado y la mayor parte de ellos se habían empeñado y arruinado en el servicio de la patria. Hamilton quiso crearse una posición independiente, y con esa facilidad de cambiar de profesión tan propia del genio norteamericano, se hizo abogado en New-York, encontrando en el foro más de un compañero de armas que una vez firmada la paz se había puesto á estudiar el derecho é iba á pleitear en los tribunales cambiando la espada por la toga.

Su matrimonio le había proporcionado algún arraigo en el país; entendía los negocios y hablaba con calor, y con semejantes dotes no tardó en ser uno de los mejores abogados de la ciudad y en adquirir bastante nombre para que 1782 la ciudad de New-York le enviase al Congreso.

Aquí comienza el segundo acto de su vida política. La primera época de su vida se había pasado en hacer la guerra y ahora iba á convertirse en legislador. Al entrar en el Congreso hallóse en una de las más difíciles situaciones. Era precisamente el momento en que el ejército se quejaba de no ser pagado. Se acercaba la paz, no se habían liquidado las cuentas de los oficiales y se estaba en peligro de un trastorno ó acaso de una guerra civil. El gran mérito de Hamilton consistió en ser el primero que apreció esta crisis, señalándosela á Washington é indicándole con el derecho que le daba la amistad la línea de conducta conveniente para evitar un escándalo sensible, y según cartas de Hamilton que poseemos, cuando el trastorno estalló, Washington siguió todos los consejos de aquel joven tan prudente como enérgico.

Hamilton se hizo en el Congreso defensor de sus compañeros de armas; pero con el objeto de poder defender su causa sin que se le acusara de defender su propio interés so color de sostener el interés común, declaró que renunciaba por su parte á reclamar nada. Hizo valer los servicios de aquellos hombres que se habían sacrificado por el Norte América y pidió al Congreso que reconociese los

derechos de los oficiales. Su lucha fué tenaz y prolongada y cuando estalló el trastorno no se dejó de decir que Hamilton le habia visto con placer si no es que le habia suscitado. No se querian reconocer los derechos de los oficiales y fué preciso el sentimiento del peligro para que el Congreso se decidiese á ser justo. Si hubiera escuchado á Hamilton no habria dejado en la historia el recuerdo de su ingratitude.

Una vez reconocida la deuda militar quedaba en pié una cuestion grave, que era la de saber cómo se pagaria, puesto que no habia dinero, habia sólo asignados, se estaba en vísperas de una bancarrota y era preciso un hacendista que ilustrase al Congreso. Éste se halló en Hamilton que, con esa prodigiosa facilidad que le permitia dedicarse en seguida á cualquier cuestion y llegar en ella hasta el fin, propuso al Congreso consolidar todas las deudas, tomando á cargo de la Confederacion la deuda militar y las deudas de los Estados, creando así la unidad financiera para llegar con más seguridad á la unidad nacional. Como complemento necesario de esta medida Hamilton propuso que se autorizase al Congreso para establecer aduanas en todas las costas norteamericanas. El establecer la unidad de recursos era el medio de crear un fondo nacional para una deuda comun. La proposicion era buena; pero no satisfacía al partido democrático, celoso del ejército y que nada queria hacer por los soldados. Así fué que cuando Hamilton pidió que hubiera unidad de impuestos y de deudas, algunos hombres, que más tarde fueron presidentes de los Estados Unidos, exclamaron: *¡Se ha vendido!* y se le denunció como monárquico. El Congreso acogió, aunque sin gran favor, sus proposiciones, y los Estados se negaron á acceder á ellas. Un corazon vulgar se hubiera desanimado. Pero el político que no se habitúa á ser vencido, cuando se dirige á la opinion y no sabe aguardar confiando en que llegará el dia de que triunfe la razon, es un triste político.

Hamilton no desesperó, y cuando aumentó la miseria, cuando á la miseria se agregaron los desórdenes interiores y la nacion comenzó á sentir sus consecuencias, entonces apeló al país, y fué con Madison uno de los promovedores de la famosa Convencion de Annápolis que debia arreglar el comercio del Norte América. Al llegar á Annápolis se halló en presencia de las mismas preocupaciones, apercibiéndose de la impotencia de la Convencion. Pero allí, con ese golpe de vista del hombre de Estado, comprendió que habia una manera de salvar el Norte América. Era esta dirigirse, no ya á los

Estados celosos del Congreso, sino al pueblo norteamericano y enseñarle á que se salvara por sí mismo. Tal fué el objeto del famoso informe de la Convencion de Annápolis, redactado por Hamilton, en el que se pedia al país entero que nombrase una Convencion que se reuniria en Filadelfia, en 1787, Convencion que emitiria su opinion sobre lo que convenia hacer y tendria por objeto único y especial el remediar los defectos de la Confederacion; se pidió además que una vez redactado el proyecto de Constitucion se sometiese á la discusion popular para que el pueblo norteamericano se diese á sí mismo una Constitucion, y no hubo ninguna violencia, ni subterfugio; su lenguaje era sincero y verdadero; era un llamamiento á la nacion.

Este informe alcanzó el éxito más completo. La Virginia se adhirió á él la primera, y Washington, que habia sido puesto en la lista de los delegados de la Convencion, concluyó por aceptar, reuniéndose en el mes de mayo de 1787 en Filadelfia.

Hamilton era uno de los delegados de New-York. En aquella época era uno de los hombres mas distinguidos de la revolucion, y, á pesar de su juventud, el mejor preparado. Desde el año 1782, se vé en una carta que poseemos que Hamilton habia sostenido que el Norte América formaba una nacion, que de todas las colonias era preciso hacer un gran pueblo y un gran país. Tenia genio político. Un diplomático que sabia juzgar á los hombres por más que en general los apréciase más ó menos desinteresadamente, M. de Tallyrand, habia conocido á Hamilton en América y decia que era la persona que más le habia llamado la atencion.—¿En qué?—le preguntaban y él respondia:—«En que este hombre ha adivinado la Europa.» Hamilton, empero, habia hecho algo de más maravilloso, Hamilton, con Franklin y Washington habia visto claro el porvenir del Norte América, acerca del cual se han engañado y aun se engañan en el dia todos los grandes políticos de la Europa.

Sin embargo, su situacion en el Congreso no fué la que hubiera podido esperarse en un hombre como él. Los peligros de la demagogia le asustaban, y era, como Washington, un aristócrata en el antiguo sentido de la palabra; queria fundar la libertad sobre la sabiduría y la moderacion, cuyas dos virtudes difícilmente se hallan en las muchedumbres; tenia horror á esos tribunales que agitan al pueblo en provecho de su miserable ambicion. Lo que deseaba sobre todo era un poder ejecutivo firmemente constituido, y un consejo nacional ó Senado que fuese una especie de aristocracia. Su

modelo, su ideal era una cosa por el estilo del gran edificio de la constitucion inglesa. Creia ventajoso para el Norte América que el presidente fuese nombrado por todo el tiempo que se portase bien y el Senado igualmente, en lo cual se equivocaba, porque hubiese aprisionado al país en un círculo estrecho y el país necesitaba engrandecerse. El presidente vitalicio hubiera terminado por ser una especie de rey y el Senado de por vida no hubiese satisfecho la movilidad, que es la esencia misma de la buena democracia.

Hamilton se engañaba con las mejores intenciones; pero sus enemigos se aprovecharon de su error. Las preocupaciones que habia contra él se despertaban con más vehemencia que nunca. Pero él, en cuanto vió que la opinion le era contraria, fué el primero en abandonar el proyecto que habia presentado, permaneciendo siempre fiel al pensamiento de obtener por las instituciones el máximum posible de estabilidad. Cuando se le reprobó el querer hacer del Norte América una monarquía, respondió que lo que deseaba hacer era una república; que no tenia la pretencion de ser más sabio que su país; pero que á esta república era preciso darle la base más sólida para que la experiencia fuese completa. Además, añadía, si esta experiencia no sale bien, tiempo tendremos de ensayar nuevas instituciones antes de renunciar á la forma republicana, el más noble de los gobiernos.

Fundada ya la constitucion comenzó el gran papel de Hamilton. El defender un hombre sus ideas y más aun cuando á las ideas se juntan las pasiones es lo más fácil del mundo. Pero lo difícil y raro es el aceptar una constitucion política que no se ha hecho, sentir que una Constitucion que no responde á nuestras ideas es sin embargo la que más conviene al país, y anularse, en fin, por amor del bien público y defender instituciones que no se aprueban enteramente. Esto fué lo que hizo Hamilton. Convencido de que toda nueva division produciria la pérdida del país, se hizo defensor de la Constitucion, cuya defensa no era muy fácil, puesto que medio aceptada por el Congreso era preciso hacerla aceptar por trece diversos Estados, discutida trece veces en trece países que no tenían las mismas ideas ni los mismos intereses; vencer sus rivalidades y sus celos y sostener la armonía entre todos los ciudadanos á fuerza de razon y prudencia.

Hamilton emprendió esta obra con tanto valor como talento, reuniéndose á dos hombres, uno de los cuales no participaba de todas sus opiniones: este hombre era Madison, que más tarde fué pre-

sidente. Madison pertenecia á un matiz político más democrático; pero comprendia tambien que la Constitucion era la salvacion del país. El segundo aliado de Hamilton era Jay, y éste pertenecia en cuerpo y alma á su jóven amigo. Los tres patriotas se decidieron á hacer aparecer una série de artículos destinados á soetener y popularizar la Constitucion, los cuales se hallan reunidos en un volumen intitulado: *El Federalista*. Pero no nos dejemos seducir por esta palabra que en el Norte América tiene un sentido completamente opuesto al que le damos en Francia. Entre nosotros federalismo indica relajacion del lazo central, y en el Norte América, por el contrario, indica su robustecimiento; es algo parecido á centralizacion. *El Federalista* se compone de ochenta y cinco números. De estos ochenta y cinco números, Hamilton escribió cincuenta y uno con un calor extremado. Jay, que habia comenzado, fué herido en un motin, en New-York y se vió obligado á retirarse al poco tiempo para no reaparecer hasta el final de este trabajo. Madison y Hamilton fueron los principales autores de esta publicacion, que logró gran éxito, siendo una exposicion tan clara de la Constitucion, que aun hoy dia es uno de los mejores comentarios. El prefacio de este escrito nos dará una idea clara de lo que pensaba y queria Hamilton.

«Probada hasta la evidencia la impotencia del gobierno actual se os llama á deliberar sobre una Constitucion para los Estados Unidos, cuya importancia se comprende con solo decir el objeto. Se trata de la existencia de la Union, de la seguridad y prosperidad de los Estados, de la suerte del *Imperio más interesante del Universo*; al cual parece reservado el decidir la gran cuestion de si los hombres son ó no capaces de darse un buen gobierno por reflexion y por eleccion ó si están condenados á recibir eternamente un gobierno del *azar y la fuerza*. La crisis en que estamos es decisiva para este problema. Si nos engañamos, nuestro error será fatal á todo el género humano.

«¡Dichosos nosotros, si nuestros pasos son dirigidos por la sana apreciacion de nuestros intereses verdaderos y por un juicio libre y ageno á toda consideracion estraña al bien público! Esto es lo que debemos desear más bien que esperarlo. El proyecto sometido á vuestras deliberaciones hiere demasiados intereses particulares, contraría demasiadas instituciones locales para que deje de ser atacado por una multitud de motivos que le son estraños; por las pasiones y por las preocupaciones poco favorables á la libertad.